**Una galaxia de luciérnagas**

**de Aina Tur**

**Abril 2020**

A los otros

Luz de día. De mañana en el trópico.

Llevo años sentada en esta silla. Sin poderme mover. Al principio… al principio, pensaba que sería alg…

¿Lo han oído?

¿Ese ruido?

¿No?

Quizá usted…

¿Sí?

¿O usted?

¿Quizá ella?

El señor que está sentado a su lado, ¿lo ha oído?

¿No?

Ha caído otro mango.

Cada día suele caer alguno.

Maduro. Sabroso.

Pam.

Ese ruido. Pam. Cuando toca el suelo. Me avisa. Pero yo no puedo ir a por él. Ya se lo he dicho. No puedo despegar el culo de esta silla. Los mangos van cayendo y yo no me los puedo comer.

Cuando me quedé aquí sentada, al principio, cuando oía ese *pam*, intentaba levantarme con todo mi nervio.

Todo esfuerzo fue en vano.

Un día, hace más o menos una década, un día de mucho calor, oí el impacto.

Dulce.

Pam.

Y no me inmuté.

Estaba sudando mucho y no me apetecía gastar energía en algo que no iba a conseguir.

Supongo que asumí mi condición: estar aquí sentada, para siempre.

Me sentí bien. La aceptación sienta bien.

Cerré los ojos.

*Los cierra.*

Y respiré. A consciencia.

*Lo hace, profundamente.*

*Abre los ojos.*

¿Quieren cerrarlos ustedes también?

¿Sí?

¿No?

Bueno, yo… este *yo* que está aquí sentado, les propone cerrarlos.

*Cierra los ojos.*

*Respira, profundamente.*

Me levanto de la silla. Sin ningún esfuerzo. Camino hacia la parte delantera del patio, la de los árboles. Los limones están compactos, voluptuosos. Brillan. Como si los hubieran cubierto de cera. Las guayabas han empezado a florecer.

*Respira.*

Siento el viento, suave.

Me siento bien. Y me entretengo mirando frutas, hojas, troncos.

Respiro profundamente una y otra vez.

Disfrutando.

*Lo hace.*

Hasta que me detengo junto al mango.

Aquí está.

El golpe contra el suelo no lo ha roto. Debe ser de las ramas bajas. Lo toco. Esa piel fuerte. Casi impenetrable. Tantos días, tantos años, tantos *pam*… Y lo tengo, entre mis manos.

Lo huelo.

Pienso en morderlo. Y lo hago. Pero me da un poco de asco.

Paro.

¿Y ahora qué?

¿Cómo me lo como?

¿Le arranco la piel a bocados?

¿Desisto?

De repente, aparece un cuchillo en el suelo.

(Eso es lo bonito de la imaginación, te regala todo lo que necesitas.)

Empiezo a pelarlo, con el cuchillo, claro.

Mis manos llenas de jugo. El olor dulzón penetrándome hasta las uñas de los pies. El primer bocado pausado. El resto atropellados. Las fibras entre los dientes. El jugo en la boca, el cuello, el escote. Las manos pegajosas. El éxtasis.

Me detengo en el gozo.

*Silencio.*

Al rato abrí los ojos.

*Los abre.*

Y seguía aquí, sentada. Sin poderme mover. Como me ven ahora.

Joder… cómo nos ayudan las palabras. Suerte tengo de las palabras. A veces pienso que solo soy palabras. Un día unas, otro día otras. Algún día todas a la vez.

Las palabras…

Me voy por las ramas. Disculpad. Esta no es la historia que han venido a escuchar. Me paso tantas horas aquí a solas, a veces años, que cuando tengo a alguien con quien hablar, me da como que lo quiero contar todo…

A ver… voy a centrarme.

*Respira, para concentrarse.*

¿Les gustaría saber por qué estoy aquí sentada sin poderme mover, verdad?

Bueno, en realidad no sé por qué lo pregunto…

Voy al tema.

Esta situación. La mía. La de estar aquí sin poderme ir, es solo una consecuencia. Esto, el culo aquí pegado, es el resultado de algo que empezó a ocurrir el 24 de julio de 1998, en este pequeño país del trópico que no voy a poder nombrar.

Sí, esta historia está basada en hechos reales y, por motivos de seguridad que implican a todas las partes afectadas, tendré que obviar algunos nombres propios y ciertas localizaciones.

24 de julio de 1998.

No me costó levantarme de la cama. Madrugar me cuesta mucho. Muchísimo. Pero ese día salí de la cama, temprano y bien contenta. Quizá es un poco exagerando llamarle cama a ese colchoncito delgaducho plantado sobre el suelo de hormigón. Pero eso era mi cama y lo fue durante mucho tiempo. Menos del esperado, pero más tiempo del que llegué a pensar en algún momento.

Mi cama, mi cuarto, estaba justo al lado de la destiladora de eucaliptus. Olía superbién. A pesar de ser incómoda, la habitación olía superbién. Los días que usábamos el alambique quedábamos todos impregnados de ese olor. Qué rico.

*Ais*, soy una *rollera*. Me estoy yendo por las ramas otra vez… a ver si me centro un poco. Me hace tanta ilusión que estén aquí y… empiezo… nada… que me entra esta verborrea, estas ganas de explicarlo todo. Con detalles.

No tengo remedio.

Deberían visitarme más a menudo…

¡En fin!

¿Por dónde iba?

¡Ah, sí! El motivo de mi rápida puesta en marcha… ¡eso es!

Estaba ilusionada. Íbamos a ir a comprar unos cocos, los meteríamos en el pick up, los llevaríamos a su destino y después: ¡VISITA A LA PLAYA!

Llevaba un mes sin ver el mar y… Á… m… llamémosle… ÉL… ÉL, que empezaba a conocerme, me propuso acompañarles.

Me encantaba la idea: trabajar un poco y, luego, a ver el mar.

Le pedí si podía venir Oriol, mi amigo. Con Oriol compartíamos piso en Barcelona y proyecto/aventura en este país. ÉL, con tal de tenerme cerca, accedió a que fuésemos los dos, Oriol, y yo.

Oriol y yo, ya habíamos superado la salmonelosis. Y la maldita diarrea. Y los vómitos. Y los mareos. La pesadilla de cagarnos encima en medio de la calle, también. El que se cagaba encima era Oriol, pobre. Menuda historia. El día que llegó queríamos celebrar el encuentro y fuimos a comprar un helado. No era fácil encontrar un helado en esa zona rural. Pero lo encontramos. Un *twistter*. Dos. Qué ricos. Y qué mal conservados, hostia.

A la mañana siguiente no éramos personas. Como pudimos nos fuimos a la capital, para que nos viese un médico. Recuerdo que paramos un camión. Le pagamos. Y nos llevó en la parte trasera hasta la ciudad. Achicharrados y llenos de polvo viajamos durante un par de horas por esas carreteras. Carreteras de país pobre. La fiebre y los retorcijones, eran casi lo de menos.

Llegamos a la oficina de la ONG con la que trabajábamos. Estaba cerrada. Era la hora de comer. No quedaba otra: esperar fuera. En la calle. Oriol tumbado con la cabeza en mis piernas, soltando mierda sin parar, sin poder levantarse. Yo podía tenerme en pie y me iba a cagar al árbol. A pleno día. No teníamos papel. Pero yo cagaba igual. La gente pasaba y se apartaba. Olíamos a mierda. Parecíamos yonquis.

Pero esa pesadilla se había acabado… y yo me estoy yendo por las ramas otra vez.

Bueno… os lo explico un poco para que entendáis… no sé. No sé qué tenéis que entender con esta historia de la caca. Simplemente, pasó. Y la superamos. Volvíamos a estar en el campo, destilando aceites esenciales y clasificando plantas. Y un día al lado del mar era un buen modo de festejar que todo continuaba bien.

ÉL, me había dicho que cuando acabásemos la faena iríamos a la Bahía. A ver el mar. Y a comer. También me comentó que en la Bahía había una isla…

¿Y podremos ir? ¿Hay barcos que vayan hasta allí?

Se rio y me miró. Como casi siempre que le decía algo.

No, no podemos ir. Hay piratas.

¡Oh, qué guay! ¡Piratas!

No, no es guay. Son piratas de verdad. Asaltan y matan.

¡Joder!

Estaba más sorprendida por la existencia de piratas en plena acción, que por la posibilidad de... da igual… Había llegado hacía más de un mes. Ya me había acostumbrado a oír tiros. A ver ataúdes. A ser advertida de no transitar por según qué sitios. Incluso a comprender la muerte y la violencia desde otra perspectiva. Ese “¡Joder!”, pues, no significaba lo mismo que mis otros “joderes”, los de antes de llegar. Era un “joder” diferente. Una variación ética y moral de los “joderes” de antes. Un nuevo “joder” que se estaba construyendo, sin que yo todavía supiese muy… no sé… lo qué significaba.

Iremos a un sitio seguro, tranquila. Pero no, no vamos a navegar.

ÉL…

*Sonríe.*

Con sus palabras, su sonrisa… Y esa mirada que me removía las entrañas. Yo no quería aceptarlo, pero me hacía sentir bien.

¡Piratas!, iba pensando, mientras subía al coche.

¿Les veré, a lo lejos?

¡Cómo me gustaría ser pirata!

Surcar los mares. A vela. Irrumpir en barcos cargados de mercancía. Robarles. Sin matar a nadie. Solo magullándolos un poquito. Seguir navegando rumbo a esa isla soñada. Encontrar el cofre del tesoro. Y mi tripulación y yo, cargaditos de oro, seguiríamos surcando los mares. Descubriendo paraísos maravillosos…

Eso pensaba.

La mañana prometía.

Y mi imaginación volaba.

Éramos siete y teníamos una misión: llevar cocos de un lado a otro y burlar a los piratas desde la orilla.

¡Menudo plan!

Perfecto. El plan perfecto. Era todo perfecto.

A mí me dejaron ir detrás del pick up, de pie. Con Oriol y con… con… con Álvaro. No se llamaba Álvaro, pero le queda bien el nombre. Álvaro era, es, el hermano de ÉL. Álvaro había llegado el día anterior y flipaba. El escenario era muy diferente a su Madrid natal. Estaba en plena jungla sensorial. Carreteras de barro. Baches. Frenazos en seco. Gente cruzando sin mirar. Infinidad de sombreros de campesino moviéndose entre arbustos. Entre coches. Entre más sobreros de campesino. Rostros morenos. Miradas llenas de vida regalada. Almas que habían burlado la muerte.

Pobreza.

Siempre te acostumbras a la pobreza, aunque no debieras.

Recuerdo la humedad de esa mañana.

Cumplimos con nuestro objetivo: cocos cargados, descargados y entregados.

¡Rumbo a la Bahía!

De nuevo en la parte posterior del pick up. Agarrados a la barra de la cabina, para no caer. No parábamos de gritar. ¡Eeeh! ¡Aaaahhh! ¡Tomaaaaa! ¡Cómo molaaaaaa! Saltos. Frenazos. Ruedas deslizándose por el barro que nos hacían ir de un lado a otro.

Éramos felices, los tres que íbamos detrás: Álvaro, Oriol y yo. Los que iban dentro del coche supongo que estarían hablando de trabajo y pensando en cuál era el mejor camino para llegar.

Nos estábamos alejando de las comunidades. El barro estaba más fresco, sin rastro de otros coches. Hacía un buen rato que no veíamos a nadie.

¡Una aventura en toda regla!

¡Qué felicidad!

¡Qué sensación de libertad!

Gritando. Contentos. Descubriendo el mundo.

De repente, los gritos.

¡Párenseeee!

¡Bájenseee del auto!

Se oían lejanos, esos gritos. Aunque los cinco encapuchados, con pañuelos cubriéndoles el rostro, alguna peluca y saltando y corriendo hacia nosotros como salvajes, empuñando sus armas, estaban cada vez más cerca.

Yo no pensaba.

Pienso ahora.

Ahí, me limité a hacer lo que decían.

Bájense del auto. Manos en la nuca. Quítense los zapatos.

A mí me los dejaron puestos. Era la única mujer.

¡Andando!

Nos apuntaban y nos gritaban. Nosotros íbamos cumpliendo sus órdenes.

Uno se llevó a Pedro, el conductor, que no se llamaba Pedro. Con el coche.

El resto andábamos en fila india. Descalzos, ellos. Yo no. Con las manos en la nuca. Y con cuatro encapuchados guiándonos a gritos fuera del camino.

Yo seguía sin pensar.

Creo que nadie pensaba.

Bueno, los que habían nacido en este pequeño país sí que pensaban, seguro.

Tampoco recuerdo qué sentía. Creo que nada.

A veces me he preguntado si lloraba, y la verdad, ahí creo que todavía no.

Nos adentramos en el bosque.

Otra pregunta frecuente es: ¿tenía miedo?

Creo que no, ahí todavía no.

No pensaba.

No sentía.

Me limitaba a cumplir órdenes. Sin ni siquiera tener consciencia de ello.

Hace más de veinte años, pero recuerdo perfectamente la luz. El color del barro. De los troncos de los árboles. De sus ropas. Y de las nuestras.

Recuerdo el lugar donde nos detuvimos. Es como si me hubiesen tatuado una fotografía en el cerebro. Había una pequeña explanada. Muy pequeña. Y nos tenían allí parados. Con las manos en la nuca.

Nos cachearon uno a uno.

A mí tres veces.

Y las tres veces me tocaron el culo.

A la tercera me pidieron los zapatos.

Me habían separado del grupo. Un poco. Y tenía una pistola en la cabeza.

Cuando me agaché para quitarme los zapatos, la pistola acompañó el movimiento de mi cuerpo hacia abajo. Hacia los pies. Allí lloré. De ese llanto contenido, me acuerdo. También del temblor de la mano que sostenía la pistola fría.

El cañón me tocaba la piel.

Y también recuerdo que mis manos se movían imprecisamente. Temblaba. Pero, yo, intentaba hacer los movimientos más firmes, más precisos, de mi vida.

El asaltante tuvo… creo que tuvo… un momento de compasión cuando vio que las lágrimas me inundaban las mejillas. Y el cuello. Y el escote. Y, yo, no estaba ni sollozando.

Tranquila no te va a pasar nada. Me dijo.

Y la verdad que, con su mano temblorosa, surcando mi sien con la pistola, pensé: pues esto que me está pasando ya es mucho, tío.

El llanto cedió.

Supongo que me fue bien pensar que…

¿Lo han oído?

¿Ese ruido?

¿No?

Ha caído otro mango.

Disculpen, voy a cerrar los ojos. Lo hago cada vez que cae uno.

Les invito a hacer lo mismo.

Esta vez iré un poco más rápido.

*Silencio.*

*Respira, profundamente.*

Aquí está.

Lo toco.

Esa piel fuerte. Casi impenetrable.

Lo huelo.

Un cuchillo.

Jugo. Olor dulzón. Éxtasis. El gozo.

*Silencio.*

¿Por dónde íbamos?

Ah… por… por ese… “No te va a pasar nada”.

El llanto cedió.

Habíamos hecho un pacto: de esa pistola, si no fallaba nada, si no pasaba un pájaro que le asustase, si no tantas cosas, seguramente, de esa pistola, no saldría ninguna bala para mí en ese momento. Y eso fue un consuelo. El único consuelo al que podía aferrarme.

Me devolvieron al grupo.

Lo que hicieron conmigo, lo hicieron con alguno más. No me acuerdo con quién. Ni tengo imágenes de eso. Me estaba recuperando del frío que había sentido en la sien. Izquierda. Ese temblor. Ese dedo en el gatillo que sostenía mi vida.

Dejé de pertenecerme.

Mi vida entre un dedo y un gatillo.

Qué poco margen.

Siguieron cacheando a los nuestros, pero los recuerdos de ese momento no son nítidos. No sé a quién cacheaban. Ni tengo imágenes de eso.

Me detuve un buen rato en ese dedo tembloroso, de ese atracador joven, que había sentido algo de compasión por mí y me había dedicado unas palabras de consuelo. Me veía desde arriba. Ese último cacheo. Desde arriba. Como si mirase una película de lo que había sucedido hacia unos minutos. La imagen de mi último cacheo. Del quitarme los zapatos. De la pipa tocándome la piel. Contra el hueso. No se iba. Ya había pasado. Pero yo estaba allí todavía.

Cuando cierro los ojos (*se apagan todas las luces*), aún me veo desde arriba. Desde muy arriba. Un plano contrapicado me devuelve la imagen de mí misma. Con los pantalones cortos de color camel que le había cogido prestados a Oriol y esa camiseta de tirantes negra de canalé que guardé durante años.

Me veo llena de polvo. Y despeinada.

Me veo pequeña. De rodillas. Quitándome los zapatos. Con la pistola hurgando mi temporal izquierdo.

Veo a esos encapuchados.

Le veo a ÉL, y a Álvaro, a Oriol y a los otros dos, de quienes hoy no recuerdo el nombre, pero sí sus rostros, su cuerpos y sus ojos. Incluso sus camisetas.

*Se abren las luces.*

Se acabó el cacheo.

Volvíamos a estar los seis en fila.

Uno al lado del otro de pie.

Con las manos en la nuca.

Los asaltantes nos apuntaban a lo lejos. Dos pistolas. Dos fúsiles de asalto: un Ak47 y un M16. Armas rivales. USA y URSS. Un mismo propósito: robarnos y quizá matarnos. Despojos de una guerra que se zanjó mal.

Oímos el ruido de un coche.

Quizá era el final. Del asalto. O de nuestra vida.

Cualquier cambio. Cualquier movimiento. Cualquier ruido. Podían ser un final.

Y sí, ya empezaba a pensar. Creo que todos pensábamos. En aquel momento, sí.

El ruido se acercaba. Y la incógnita era insoportable.

Ojalá sea la policía.

Y si me encuentro en medio de un fuego cruzado, ¿qué hago?

Mejor que no sea la policía.

¿Será Pedro?

Ojalá sea Pedro.

Y si viene el otro asaltante en el coche, sin Pedro.

Ojalá no sea nuestro coche.

No quiero ver a un muerto.

Finalmente llegó el coche, con Pedro al volante.

Le hicieron bajar y le empujaron hacia nosotros. Uno más, de los nuestros. De pie, a nuestro lado, con las manos en la nuca.

Quizá era el final del asalto.

Quizá era el final de nuestras vidas.

¿Por qué nos retenían si ya tenían todas nuestras cosas?

¿Por qué habían vuelto con Pedro y con el coche y no nos podíamos ir?

¡Gírense!

Gritó uno.

Y en esa vuelta, la vida entera me pasó por la cabeza.

Tal cual.

Sucede.

Es posible ver veinte años de existencia pasar en un instante. En ese breve intervalo de tiempo que uno debe tomarse para dar media vuelta.

Esperaba el tiro. Los tiros.

Pero hubo silencio.

Luego, hablaron entre ellos. Yo temblaba por dentro, mucho. Y derramé muchas lágrimas. En silencio. Era la única mujer. Me habían contado demasiadas historias sobre violaciones y asesinatos. Por eso cuando les oí hablar a lo lejos, me asusté. No sabía si hablaban de dejarnos marchar o de quién sería el primero en violarme. Solo deseaba que si me violaban, me dejasen marchar. Que no me matasen. Que no me cogieran de rehén. Que no me torturasen durante días. Que fuese rápido. Que no fuese muy doloroso. Recé. A Dios. Sí, ya sé que no existe. Pero recé. Le pedí esto: una violación rápida, no muy dolorosa, sin sangre, sin tortura, sin secuestro.

Todos empezaron a preocuparse por mí. Fue horrible.

Uno tras otro, me susurraban. Sin mover apenas los labios.

Tranquila, no te va a pasar nada.

Estamos aquí.

Te vamos a proteger.

A mí eso todavía me dio más miedo. Tanto que empecé a concentrarme en los mosquitos que me estaban comiendo las piernas. Disfruté de cada picada. Contenía el reflejo de apartarlos. Lo había hecho desde el principio sin darme cuenta. En ese momento, tomé consciencia. Un movimiento reflejo para ahuyentar a esos mosquitos podría haber sido un final. Mi final.

Tres pistolas y dos fusiles de asalto apuntándome. Por la espalda.

Mi vida estaba entre esos dedos y esos gatillos.

No podía permitirme ni el más mínimo desliz. Tenía que estar quieta. Con las manos en la nuca. Con los pies perdiéndose en el barro. Y con los mosquitos devorándome.

Las marcas de los mosquitos tardaron dos años en desaparecer.

Dos años, o más. Con esas horas grabadas en la piel. Cada vez que me miraba las piernas, cada vez que me untaba de crema, cada vez que me ponía la ropa o me la quitaba: allí estaban.

Dejaron de hablar entre ellos.

Temimos lo peor.

Pensé en mis padres.

Como nunca.

Les pedí perdón por haberme metido en esa maldita aventura sin retorno.

Les mandé toda mi fuerza para superar la muerte de su hija.

Y le recé a mi abuelo.

Había muerto hacía unos meses. Soñaba con él. Era un sueño recurrente. Venía a mi cama, me despertaba con ternura y me decía: “he venido a abrazarte”. Le pedí que me ayudase. Que me abrazase en ese final. Que me acompañase, por favor. Y sentí paz.

Después del silencio. De tanto silencio. Se oyeron pasos. Alguno de ellos se estaba yendo.

Otra vez, la situación cambiaba.

Otra vez la incertidumbre en nuestras mentes.

Cualquier cambio significaba una dosis más de miedo.

Un paso más hacia lo indeseado.

Nuestras muertes.

De repente, uno de los nuestros... sí, había dos bandos: los otros y los nuestros. Uno de los nuestros susurró.

Solo son tres. Voy a atacar. Tranquila. Esto se acaba.

No te muevas, hijo puta. Mis primeras palabras desde que habíamos bajado del carro.

Fui suficientemente convincente como para que no se moviese ni un centímetro de su posición. También en ese momento, cuando le miré de reojo, me di cuenta de que no tenía las manos en la nuca.

Más tarde, cuando pasó todo, supe que había sido de las fuerzas de élite de la guerrilla de este diminuto país.

Más tarde, supe también, que habría podido con todos.

Pero en aquel momento, otro miedo se apoderó de mí: que este tío no se lance al ataque. Por favor.

Más preguntas.

¿Si se mueve qué hago?

¿Me voy corriendo detrás de un árbol?

¿Me voy corriendo hacia la derecha? ¿O mejor hacia la izquierda?

¿Me tiro al suelo y me arrastro?

¿Me subo a ese árbol como sea?

No tenía respuestas. Y como vi que, de momento, no se movía, intenté derivar la atención hacia otro lugar. Me evadí. De las intenciones de quién nos quería salvar. Y de las metralletas y las pistolas que nos apuntaban.

Empecé a hacer cálculos, para entretenerme.

Nos habían recogido sobre las 8 de la mañana. Entre la recogida, la carga de los cocos y la posterior descarga en otra comunidad, debían haber pasado entre 1 y 2 horas. Allí debíamos llevar un par de horas más, aunque no lo tenía muy claro. Así que calculé que eran entre las 10 y las 12 de la mañana. Le sumé 7 horas. Y me salió que en ese momento debían ser entre las 5 y las 7 de la tarde en Menorca.

Pensé en qué día era, qué día de número. Desde que llegué estaba escribiendo un diario, por eso no dudé: 24 de julio. Fiestas de Es Castell. Pensé. Mis amigas están dándolo todo en el jaleo, entre caballos y gente sudada. Estarán bebiendo pomada. A esta hora ya deben tener la risa tonta en marcha. Estarán diciendo chorradas por doquier. Y yo aquí.

Hoy han comido paella. Como cada año. Qué rica está esa paella que encargamos cada año no sé dónde. Ahora comería paella, pensé. Dos platos. Con mucha cerveza y mucha pomada de postre. Esa pomada que hacía Nati con limón natural y menta fresca y un montón de Gin Xoriguer. Deseaba litros.

Yo, que me había ido de viaje sola por primera vez. Que había cruzado el océano por primera vez. Que, como dice mi diario, estaba buscando sentir la libertad plenamente. Abrir mis puntos de mira. Conocer mundo. Conocer gente. Vivir de otra manera. Yo, que había renunciado a mi gran amor para poder cumplir con mis sueños de exploradora temeraria. Yo, que había decidido, por primera vez, no pasar un verano en mi isla. Yo, que me sentía aburrida de hacer siempre lo mismo. Yo, que me lancé a ese viaje buscando nuevas emociones. Yo, en ese instante, a mis 21 años deseé una vida monótona, con mi gente de siempre, con mis rutinas de siempre. Con los sabores de siempre. Sin cambio alguno, por favor. Y, yo, me maldije por haber tenido tanta ambición. Me maldije por no haberme conformado.

Y así me entretuve. Con algún susto de por medio. Cuando algo se movía. Cuando un pájaro pasaba volando. Cuando uno de los nuestros se desplazaba unos milímetros. Cuando, sin verlos, notaba que uno de los otros cambiaba de posición.

También me seguían entreteniendo los mosquitos. Se estaban zampando mis piernas.

Mis pies estaban cada vez más metidos en el barro.

Empezó a llover, poquito.

Solía llover fuerte. Era época de lluvias. Lluvias tropicales. Pero ese mediodía la lluvia fue suave y paró pronto. Nos secamos en seguida. Debíamos estar a más de 40 grados. Aunque siempre, cuando llovía, nos secábamos en seguida.

Vaya que el detalle de si llovía fuerte o solo un poquito, no tiene nada que ver con eso de secarnos en seguida. Siempre nos secábamos en seguida. Pero, por suerte, no llovió demasiado. Eso fue una suerte. Más tarde, nos contaron que el sitio dónde nos habían llevado era una especie de fosa común, llena de cadáveres. De muertos. Sin valor. De gente asesinada. De gente que no merecía ni un lugar dónde descansar en paz.

Cuando me lo contaron, no podía dejar de dar las gracias a quién fuese, por la lluvia, suave. No quiero ni imaginar lo que habría pasado si de repente, con uno de esos chaparrones tropicales, de entre el barro, ese barro que estaba engulléndome los pies, empezaban a aparecer cadáveres.

¿Se lo imaginan?

Yo sí. Y estoy segura que habría gritado, me habría movido y la habría liado parda.

Seguro, vaya.

Llevabamos un buen rato sin cambiar de situación.

Me acostumbré al miedo.

Al miedo de ese instante permanente.

Todo era como un solo instante.

Hasta que oímos voces que se acercaban.

Otra vez. El pánico.

Otra vez, las mismas dudas.

Ojalá sea la policía.

Ojalá no.

Ojalá se vayan y nos dejen aquí.

Ojalá no me maten a mí.

Ojalá no se queden conmigo.

Ojalá no me violen.

Ojalá que cuando me violen lo hagan rápido.

Ojalá que no me maten a mí.

Ojalá que no maten a Oriol.

Ojalá que no le maten a ÉL.

Ojalá que no maten a Álvaro.

Ojalá que no maten a Pedro.

Ojalá que no maten a Mau… al… gue… al exguerrillero.

Ojalá que no maten al de la camiseta azul con el logo de la ONG para la que trabaja.

Ojalá sigan este orden inverso para matarnos.

Ojalá sepa volver sola a algún sitio si soy la única a la que no matan.

Ojalás que pasaron por mi mente quizá en menos de un segundo.

¡Gírense!

De nuevo.

Y en esa media vuelta, otra vez… toda la vida. Pasando, en un instante. Por mi cabeza.

Esta vez, además de ver la vida pasar, también pensé.

¡Serán sádicos!

Quieren vernos la cara mientras nos disparan.

Les odié. Creo que por primera vez.

Hubo un momento de quietud. De silencio. Muy tenso.

El mundo se había parado.

Unos frente a otros.

Un vacío.

Inmenso.

Dos metralletas. Un AK47, ruso. Un M16, norteamericano. Y tres pistolas que no supe clasificar.

Cinco hombres… que no eran hombres. Eran chavales. Sus cuerpos eran inmaduros, se notaba. Cinco críos, vestidos con ropa negra, desgastada. Negro pulga, como diría mi madre. Con pañuelos cubriéndoles el rostro. Con capuchas y sombreros, para ocultar el pelo. Había uno que llevaba una peluca. Como de payaso. Amarillo canario. No debía tener sombrero…

Ellos, los otros. Cinco chavales apuntándonos, desafiándonos. En silencio. Cara a cara. Con nuestras vidas entre sus dedos y sus gatillos. Lo repito una y otra vez, pero es que la sensación era terrible. Mi vida no me pertenecía, no era mía. Mi vida ocupaba el espacio entre esos dedos y esos gatillos.

En el otro lado, nosotros. Siete. Seis con las manos en la nuca. Uno con los brazos al lado del cuerpo. Expectantes, los siete. Ya sin miedo. Era el final. Solo podíamos desear que no nos hiciesen mucho daño, pero creo que ni pensábamos en eso.

En mi cerebro, silencio.

El mundo parado.

Respirando vacío.

*Silencio.*

Márchense.

Todos al carro.

De uno en uno.

Dijeron ellos.

Al coche. Me dijeron los nuestros.

No recuerdo quién.

No recuerdo la voz. Al grito de márchense nadie se había movido. Y alguien de los nuestros dijo mi nombre.

Reaccioné y empecé a caminar.

Pasé al lado de los otros.

Con la cabeza agachada.

Intentando ser invisible.

Tú y tú.

Esperen.

Me paré un segundo, para comprobar si hablaban conmigo.

Miré.

Vi que les habían cogido, a Oriol y a ÉL.

Los tenían encañonados.

Temí lo peor.

La *chemi*.

¿Qué? No entiendo.

Oriol no lo entendió.

La *chemi*. Sonó de nuevo con más violencia.

La camiseta. Tradujo alguien.

Noté a Pedro, el conductor, detrás de mí. Me hizo avanzar. Le tocaba salvarme. Entendí el trato. Si pasaba algo, él y yo, huíamos en el coche.

Avancé.

En un acto reflejo me fuí a la parte trasera del pick up, la zona descubierta. Mi sitio desde que habíamos salido esa mañana. Pero Pedro, profirió sin respirar: Adentro. Adentro. Rápido.

Lo entendí, al instante. Y lo hice.

Entré en el coche.

Cerré la puerta.

Pedro también entró y cerró la puerta. Arrancó el coche.

Joder.

Joder.

Joder.

Uno a uno, de los nuestros, iban llegando al coche.

Otra vida salvada.

Yo miraba agachada desde el asiento trasero. Les había dejado, a Oriol y a ÉL, encañonados.

Llegó el momento, por fin.

Les dejaron marchar.

Me sentí tranquila.

¿Estamos todos?

Sí.

Arrancamos.

Cuando parecía que la pesadilla se había acabado, las ruedas delanteras del coche quedaron bloqueadas por una montaña de barro que Pedro no había podido esquivar. Sin hablar, sin decir nada, todos saltaron del coche. Yo también iba a hacerlo, abrí la puerta. Y otra vez les oí. No sé si a todos, o solo a uno.

Adentro. No te muevas.

Cierra la puerta. Dijo Pedro desde el volante.

Cerré la puerta.

Miré hacia atrás. Vi a los otros apuntándonos con más mala leche que nunca. Sus posturas eran, por primera vez, las de quién va a disparar sí o sí.

Miré hacia delante. Y vi a los nuestros rompiendo árboles, árboles de tronco fino, pero árboles, con una rapidez insólita.

Movimientos rápidos y precisos.

Tranquila decía Pedro.

Los nuestros construyeron una rampa con troncos de árboles derribados a patadas. Lo hicieron en segundos. Se movían como superhéroes.

Vamos Pedro, arranca.

Levantaron el coche.

Era un coche grande, pesado. Imposible de levantar por cinco hombres en condiciones normales. Pero nadie dudó que podrían hacerlo. Pusieron troncos debajo de las ruedas delanteras.

Miré atrás, unas cuantas veces.

Los otros seguían allí.

Noté su violencia más poderosa que nunca.

El ruido de rueda embarrancada paró. Un movimiento lento hacia arriba dejó el coche en posición de salida otra vez. Volvieron a subir al coche. Esta vez Oriol se sentó a mi lado. Y me abrazó.

Nos fuimos.

Miré hacia atrás un buen rato.

Los brazos de Oriol me abrazaban, fuerte.

Seguían apuntándonos. Con fuerza violenta.

Hasta que a lo lejos vi como deshacían sus posturas y se iban.

Se les veía pequeños. Estaban muy lejos.

En el coche los silencios se interrumpían con gritos, con frases, que no recuerdo. Yo lloraba desconsolada entre los brazos de mi amigo. Me cogía con fuerza. Tratando de calmarme.

¿Sabes lo que vamos a ligar cuando contemos esta historia?

Me dijo riendo, Oriol, mi amigo. ¡Qué tío! Yo me enfadé. Salí de entre sus brazos y le dije que me dejase en paz.

Miré por la ventana. Derramé todas mis lágrimas en esa ventana.

No oía a nada, ni a nadie.

Tardé mucho en volver a llorar, años. Tardé mucho más en volver a llorar por esto. Lloré por otras cosas. Cuando el miedo que sentí volvía, abstracto, lloraba. Pero como si llorase por otra cosa.

No tardamos en llegar a las primeras casas.

Alguien había encontrado un billete en un bolsillo. Allí confirmé que sus cacheos no habían sido tan exhaustivos como los que me hicieron a mí. Pero me daba igual. Reímos. Teníamos cuatro chavos y nos los íbamos a gastar.

Entre las primeras casas, apareció una tiendecilla. De bloques de hormigón vista y madera vieja. Paramos el coche. Les explicamos lo sucedido y nos dieron mucho más de lo que podíamos comprar con ese billete descuidado. No fue mucho. Pero suficiente. Coca-colas, cervezas, algunas patatas y tabaco.

Me senté, en el porche, encendí un cigarro y bebí un sorbo de Coca-cola.

¡Sensación de vivir!, pensé. Y sonreí sin muchas ganas.

La mejor Coca-cola de mi vida.

El cigarrillo más sabroso.

Me recuerdo en silencio, ajena a las conversaciones de los demás. Bebiendo Coca-cola y fumando un cigarro tras otro.

No me acuerdo de cómo llegamos al puesto de policía de la zona.

Una cabaña entre árboles.

Dos polis. Uno bueno y otro, quizá, más malo.

Venimos a denunciar un asalto.

Nombre de los asaltantes.

Disculpe señor agente, pero no nos hemos presentado.

Sin nombre no hay denuncia.

Dimos algunos apodos que pudimos oír cuando hablaban entre ellos. Los obvio. Como les he comentado al principio, los obvio por motivos de seguridad que implican a todos los afectados.

Muy bien, suficiente. Dijo el poli refiriéndose a los apodos. Me quedé atónita. Imagínense que van a una comisaría de policía y cuando les piden los nombres de las personas que quieren denunciar, ustedes responden: Micky Mouse y el Rubio. Y los polis van y asienten en señal de aprobación. Parece increíble, pero así fue.

Muy bien, suficiente. Dijo el poli. Vamos a redactar la denuncia.

Cogió un papel, amarillento por el paso del tiempo. Era una hoja cuadriculada de libreta DIN-4 arrancada del espiral. Con manchas de aceite y otras cosas escritas.

Apuntó los “nombres” y nosotros relatamos los hechos.

El poli iba apuntando. Lo que le apetecía.

Acabó la declaración.

Veo la mesa, sus sillas, sus siluetas, sus posturas. Ese papel. Esa letra.

El poli que estaba sentado, se levantó y se dirigió hacia un barril.

Quitó la tapa mientras decía: ustedes tienen carro, nosotros tenemos esto.

Empezó a enseñarnos metralletas. Fusiles de asalto.

¿Vamos a buscarlos?

Los podemos matar. Dijo el otro poli, el, quizá, más malo.

Silencio.

Miradas.

No.

Ese, *no*, rompió el silencio.

Continué…

Si me los traen aquí, sí. Sí… los mato… los mato yo. Dije sin pensar.

No he dicho nada.

¿Por qué he dicho esto?, pensé.

Me quiero ir.

A la ciudad.

A una casa segura. Con alambrada. Con portero y metralleta en la puerta.

Ahora.

Todos nos miramos.

Silencio, lleno de dudas.

Me quiero ir.

Más silencio.

Más dudas.

Yo no quería estar allí.

Me quiero ir.

Y nos fuimos.

*Silencio.*

Luz de noche, en el Trópico. Por favor.

*Oscurece.*

Bebía y bebía y no me emborrachaba.

Aquella noche bebí media botella de ron mientras me duchaba. Pero no me emborrachaba.

Bebía y bebía y no me emborrachaba.

Pasé media hora, o más, bajo el agua.

La mejor ducha de mi vida.

Me encanta recordarla.

A veces incluso siento el olor del jabón que usé. Y a veces, cuando la recuerdo, cuando llego al final del recuerdo, tengo la sensación de que mi pelo está mojado. La piel fresca. Y algunos días, cuando me miro, después de recordarlo, me parece que llevo puesto el vestido que me prestaron.

Sí, me prestaron ropa.

Esa noche había una fiesta en la casa dónde nos íbamos a quedar.

No fue difícil conseguir que nos dejasen una cama en una casa grande, con su alambrada, su portero y su correspondiente metralleta. Y con fiesta incluida.

Expatriados y lugareños nos dieron la bienvenida.

Todos sabían los que nos había ocurrido.

Yo no sentía nada.

Y seguí bebiendo. Sin emborracharme.

La gente me hablaba, pero yo no les oía.

Seguí bebiendo.

Sobria, evitaba preguntas.

Se me acercaron mujeres, ofreciéndose para escuchar mi trauma.

Yo daba las gracias. Les decía que estaba bien. Y me servía otra copa.

Todas, sobre todo las lugareñas, daban por sentado que me habían violado.

No me han hecho nada, repetí en más de una ocasión.

Mientras seguía bebiendo.

De verdad. Repetía. Nada.

Solo me han tocado el culo. Tres veces.

Solo me han puesto una pistola en la sien. Izquierda.

No me creían.

Decidí aislarme. Más. En la cocina.

Ahí estaba ÉL. Botella de tequila en mano.

Su mirada, su sonrisa, me sacaron de ahí.

Nos bebimos la botella de tequila a medias.

Esa noche no me emborraché.

Coqueteamos. Compartimos caricias. Nos besamos.

Nos abrazamos muy fuerte. En la calle.

Hicimos el amor. Hicimos la vida. Toda la noche.

Sentí su fuerza. Su cariño.

Dormimos abrazados. Tiernamente.

Todavía siento su olor. El tacto de su piel. De las sábanas. De…

¿Lo han oído? ¿Ese ruido?

¿No?

Ha sido un tiro.

Habrán matado a alguien.

Un ladrón quizá.

El otro mediodía mataron al conductor del agua. Había oído dos tiros, muy cerca. Como si fuese en este edificio. Estos que acabamos de oír han sonado un poco más lejos. Siempre se oyen tiros. Pero esos, los del otro día, estaban muy cerca.

Se ve que el hombre descargó los bidones de agua, los entró, cobró y, cuando iba a entrar en el camión de nuevo, con la riñonera llena del dinero del día: Pum. Pum. Dos tiros. Le cogieron la pasta y a correr.

El cadáver se quedó un buen rato en la puerta. En la puerta de este edificio. Cuando disparan a alguien, nadie va corriendo a auxiliarlo. Nunca se sabe. Mejor no tentar a las balas.

Oigo más cosas…

Pero me estoy yendo por las ramas otra vez. ¿Por dónde iba?

Ah… sí. Qué bonito.

ÉL…

*Sonríe.*

Todavía siento su olor. El tacto de su piel. De las sábanas. De su cama. El color de la habitación. La luz entrando por la mañana. Los dos mirándonos. Profundamente. Juntando nuestras almas. Nuestros cuerpos. Habíamos ganado una batalla y lo celebramos. Juntos.

Esa noche será nuestra. Siempre.

A la mañana siguiente tenía agujetas por todo el cuerpo. En todos los músculos. En los párpados también. Eran unas agujetas internas, muy raras. En todas partes.

Mientras desayunábamos les pregunté a ÉL y a su hermano, Álvaro. Y a Oriol más tarde. Todos estábamos igual. Teníamos agujetas en todos los rincones, del cuerpo, del alma, del cerebro, del corazón.

La vida, como no puede ser de otro modo, continuó.

Oriol y yo volvimos al campo.

Retomamos las rutinas.

Recolectar plantas. Clasificarlas. Hacer que nuestro proyecto de herbario fuese una realidad. Destilar eucaliptus. Y citronela. Trabajar en el campo. Recolectar pipianes. Ir a la tiendecita a media tarde a tomar una cerveza. Cenar con la familia que nos acogía.

Ducharnos en el pozo. Vestidos. Cagar en esa letrina. Caca líquida. Mientras las moscas se cebaban con nuestro culo.

Tenía pesadillas. Una pesadilla, recurrente. Me despertaba sudada. Y corría a la ventana para comprobar que no estaban allí. Soñaba que los ojos de esos cinco, de los otros, me miraban desde la ventana. Con sus rostros cubiertos. Sus capuchas. Su peluca de payaso amarillo canario. Me miraban, apuntándome con sus metralletas y pistolas. Era horrible.

Intentaba volver a dormir. Pero no lo conseguía. Y a pesar del miedo, salía de la habitación. Sin linterna. Me iba al pozo. Y me adentraba un poco entre los matojos. Cogía una piedra y la lanzaba. No muy lejos.

Y entonces, una galaxia de luciérnagas aparecía ante mí. Siempre. No fallaba.

Duraba muy poco. Pero era precioso. Y en ese instante viéndolas, me sentía viva. Era lo único que me hacía sentir algo. Solo una vez, cada noche, cuando la pesadilla me despertaba, las iba a despertar a ellas. Y cuando se apagaban, miraba hacia el cielo y contemplaba las estrellas. Con nostalgia. Como si me tocara estar allí. En el firmamento. Muerta. Pero no lo estaba. Sentía una conexión muy fuerte. Con la tierra y con el cielo. Algo muy profundo para una niña de 21 años.

Cuando volvía a la cama, cerraba los ojos. A veces me acercaba a Oriol y me abrazaba a él, para dormir mejor. A veces, dormido, me acogía entre sus brazos. Otras veces no le abrazaba. Tan solo tocaba con un pie, o una mano, algún pedazo de su piel.

Más o menos aferrada al cuerpo de mi amigo, cerraba los ojos y evocaba una y otra vez ese instante en el que, después de lanzar la piedra, la galaxia de luciérnagas se prendía para mí. Y así, conseguía dormirme. Entre luciérnagas, entre galaxias.

Una mañana vinieron a buscarnos. No recuerdo quién. Alguien vino desde la ciudad a por nosotros. Los ladrones se habían enterado de la denuncia y habían dado la voz que si nos encontraban, nos matarían. Teníamos que irnos. Recogimos lo poco que nos quedaba. Un par de mudas. El pasaporte. Y poco más.

Nos llevaron a la ciudad. Y nos dijeron que al día siguiente teníamos una reunión, los siete.

Los siete, entramos. Aquí.

Había una mesa, con sus correspondientes sillas.

Los siete, nos saludamos con euforia. Euforia silenciosa. No necesitábamos palabras. Estábamos ahí. Vivos. Para qué hablar de nada.

Esperamos.

Hasta que llego un hombre. Que todavía no sé quién es. Bueno, sé perfectamente quién es. Está todo escrito, en mi diario. Pero yo, ahora, tengo que obviar los detalles. Ya se lo he dicho en un par de ocasiones, no puedo poner en peligro la seguridad de los implicados. Sí, todavía con más de dos décadas de distancia, debo obviar. Obviar nombres, obviar cargos. Obviar localizaciones.

¡En fin! Ese hombre. Con cierto poder. Nos dijo esto:

Os hemos reunido aquí porque después del asalto, los ladrones, con todo lo que os robaron, han comprado a la policía de la zona. Antes, tenían comprada una franja así de territorio. El pedazo de territorio que nos mostró entre sus dedos no superaba la longitud de un mechero. Ahora su zona de impunidad policial es así. Y abrió los brazos para poder abarcarla. Como hay europeos víctimas del asalto, se han activado ciertos… ciertos mecanismos dipl… ciertos “órganos”… por llamarlo de algún modo.

*Ais*… no quiero meterme en un berenjenal.

Pues eso, se han activado ciertos “órganos” y estamos trabajando conjuntamente. Si nos dais vuestro consentimiento, cuando les pillemos en acción, les vamos a matar.

Lo entendí todo. Llevaba suficiente tiempo en este diminuto país como para entender que eso no era una marcianada. Sabía que la justicia, como la entendía yo, aquí no funcionaba.

Y sin más, hablé.

Yo no puedo decidir esto. No puedo consentir algo así. Pero entiendo la situación. Así que cedo mi “voto” a los habitantes de este país.

Éramos cuatro europeos y tres lugareños.

Con mi sentencia, los sal… los que habían nacido aquí iban a decidir.

Los otros europeos dijeron que se acogían a mi propuesta.

Los de aquí, los tres, nos miraron agradecidos.

A veces lloro cuando recuerdo esas tres miradas, de agradecimiento. Sabían qué significaba para nosotros. Y también qué significaba para ellos. Nunca antes habían estado en una situación así. Nunca antes les habían pedido consentimiento para nada. Nunca antes ningún “órgano” se había activado para ellos. Nunca antes nadie de estos “órganos” se había preocupado por su existencia. Ni por si habían sufrido algún tipo de violencia. Todo eso guardaban esas tres miradas de agradecimiento.

Y como ya sabíamos, los tres, dieron su consentimiento para matarlos si los pillaban en acción.

La reunión acabó.

Y yo, este *yo*, se quedó aquí clavado en esta silla. Sin poderme mover.

Oriol y otro de mis *yoes*, tenían que decidir qué iban a hacer. No podían volver al campo. Y ante la duda de si volver a casa o salir del país. Salieron del país. Primero se fueron a una isla, paradisiaca.

En esa isla encontraron algo de sosiego.

No podían pagarse la cabaña, pero les dejaron dormir en la playa. Creo que se percibía en su mirada que algo se había roto en su interior, en nuestro interior.

El dueño del bar, le prestó a ese *yo*, al que se fue con Oriol a la isla, cada día, muchas horas, la hamaca. Y su mujer, embarazada, le regalaba, a ese *yo*, alguna cerveza fría de vez en cuando. La mujer cuidó mucho de ese *yo*, le dijo que si la criatura que iba a nacer era niña, se llamaría como yo. Como nosotras, todos los *yoes* que soy.

Y sí, yo somos muchas.

Pero…

No sé, quizá sería mejor que… bueno, no sé… ¿sigo con el relato, sin cambiar de…? ¿Sin… sin explicar qué *yo* habla y así avanzamos sin sotracs?

¡Mierda!

¿Cómo se dice sotracs en castellano?

Ostras, yo, este yo pegado a la silla, no sé por qué no ha vuelto a hablar en catalán. Pero la mayoría de mis *yoes* sí que hablan catalán. Y como algunas cosas de las que hacemos un yo y otro nos penetra y nos afecta a todos los yoes, a veces sin ninguna explicación alguna palabra me sale en catalán. No ocurre a menudo. De hecho hacía mucho que no me ocurría. No sé… sotracs… sotracs… sotracs… no me sale. Sotracs se usa literalmente para nombrar los movimientos abruptos que hace un coche cuando va por una carretera que es desigual, que tiene baches, vaya… Yo me quería referir a eso en un plano alegórico. Desde que he implicado a más yoes en el relato, me estoy haciendo un lio y creo que vosotros también. Es como si estemos paseando por la historia a trompicones. Eso trompicones. Me ha salido. Al final me ha salido. ¿O eran vaivenes? Da igual... seguro que ya me han entendido.

Basta, hacemos un pacto, ¿vale? Yo hablo en primera persona, del singular, aunque hable de mis otros yoes. Y ustedes no se olvidan que cuando digo, yo, me refiero a otro. A otro yo. Porque mi yo, este yo, ya ha explicado su historia. La que se detuvo después de esa reunión. Aquí, en esta silla.

Volvamos a la isla.

Bueno, es que tampoco pasó mucho más en la isla… hamaca, cerveza fría y un matrimonio encantador que me cuidó un montón. También tenían algo de marihuana. Se agradeció, la verdad.

El viaje siguió.

Visitamos países, pasamos hambre. Comíamos una vez al día. Nuestro equipaje eran dos bolsas de plástico que con el calor a veces se fundían y teníamos que cambiarlas por otras. Conocimos a mucha gente. Hablamos muchísimo. Dormimos con pulgas. Con ratones. Nuestra caca seguía siendo líquida. Aprendimos el uno del otro. Y de los demás.

Y una sombra, planeaba nuestro interior.

¿Les iban a matar?

Habíamos dado nuestro consentimiento. Indirectamente. Pero lo habíamos dado.

Otra pregunta asaltaba mi mente.

¿Por qué?

¿Por qué había dicho que si los llevaban frente a mí los mataría con mis propias manos?

¿Cómo podía haber deseado apretar un gatillo para quitarle la vida a otro ser humano?

Yo, a mis 21 años, no estaba satisfecha de mis pensamientos. No estaba orgullosa de mi consentimiento. Indirecto, pero consentimiento. Y a la par, no sentía nada.

En dos ocasiones nos habían planteado matar a esos chavales. Dos ocasiones. Una la policía, esos dos polis de campo. Otra, ese hombre, ese tío, con poder.

¿Qué significaba todo eso? ¿Por qué?

No entendía nada. Y lo entendía todo.

Para los polis de campo, nosotros éramos un carro. Un coche, que ellos no tenían. Les podíamos haber ayudado a hacer algo que hacía tiempo que deseaban y que habría generado una cierta tranquilidad en la zona.

Para ese hombre, el de la reunión, nosotros, los cuatro europeos, éramos la excusa perfecta para acabar con ellos. El foco de atención había cambiado. Habían “molestado” a quién no debían. La situación perfecta para intervenir. Para difuminar las fronteras de la legalidad.

Si los pillaban en acción… Eso era lo único que… En fin.

El viaje acabó.

Cogimos el avión de vuelta a casa.

En el aeropuerto de Menorca me planté delante de mis padres y no me reconocieron.

Había adelgazado muchos quilos, estaba muy morena, más de lo habitual. Pero creo que no me reconocieron porque la mirada, el rostro, el alma, habían cambiado para siempre. Llevaba la imprenta de la vida regalada tatuada en cada poro de mi piel.

La marca de quién está ahí, pero podría no estar.

Papá.

Mamá.

Dijeron mi nombre a la par. Y me abrazaron. Me besaron.

Ya en el coche, les dije que me había pasado algo. Mi madre se giró y me dijo: ¿día 24 de julio por la tarde?

¿Cómo lo sabes?

Mi padre torció el volante y paró el coche en la cuneta.

Mamá, ¿cómo lo sabes?

No me lo puedo creer. No me lo puedo creer. No me lo puedo creer. Repetía el escéptico de mi padre.

Yo no sabía qué pasaba. No le había contado a nadie lo que había ocurrido. A nadie cercano. A nadie que se hubiese podido comunicar con mis padres.

Mi madre lloraba. Desconsolada.

Mi padre lo soltó: ese día estábamos sentados en la mesa y tu madre gritó. Dijo: No está bien. Nuestra hija no está bien. Le pasa algo. Y empezó a llorar. Lloró durante más de dos horas en la cama. Yo intentaba consolarla, pero no podía. Ella solo decía: no está bien. Nuestra hija no está bien.

Le pedí al abuelo que, estuviese dónde estuviese, te protegiera.

Joder.

Joder.

Joder, mamá.

De repente dejé de llorar, dijo ella. Supe que todo había acabado. No sabía qué, pero sabía que ya estabas bien. Que todo había acabado.

Les expliqué qué era “todo” y cómo había acabado. Se asustaron. De lo que habría podido pasar.

Al rato, comiendo en mi restaurante favorito, con la cabeza un poco más fría. Les dije que era imposible. Que, según mis cálculos, todo había sucedido entre las cinco y las siete de la tarde, aproximadamente. Y que ellos no podían estar comiendo.

Ese día comimos tarde, muy tarde. Habíamos ido a nadar en barca con unos amigos y al volver entre el aperitivo, las despedidas y preparar la comida, nos sentamos en la mesa pasadas las cuatro de la tarde. Los dos recordaban ese día a la perfección y me lo iban contando a dos voces.

Nunca podremos explicar todo lo que sucede.

Pasé unos días en Menorca, en la casa que tenemos junto al mar.

No sentía.

No dormía bien.

Mi hogar, mi lugar en el mundo, lo percibía distante.

Un día escupí en el suelo del comedor. Mi padre me riñó. No volví a escupir en el suelo del comedor.

Me había sucedido algo tan fuerte, que algunas costumbres habían quedado allí, enquistadas. De repente comía arroz con las manos. De repente decía palabras que mis padres no entendían.

A ratos me daba la sensación que había vuelto de la guerra.

Todo me parecía nada.

Y empecé a jugar con el destino.

Apostando fuerte.

La primera noche que salí, me drogué con unas amigas, bastante. Y conduje el coche muy drogada. No lo había hecho antes y ahora tampoco lo haría. Pero lo hice. No pasó nada. Y yo sabía que no iba a pasar nada. Sabía que la muerte tardaría en volver a tocar a mi puerta.

No puede pasarme nada más. Ese era mi mantra. No podía pasarme nada más.

Volví a Barcelona, a mis rutinas. A la universidad. Y seguía igual. Nada. Un vacío en mi interior. Una necesidad constante de exponerme al peligro, a la muerte.

Vivía en el Raval y me acostumbré a salir de noche, bien entrada la madrugada, sola.

Me perdía por callejuelas, oscuras, estrechas. Solitarias.

Deseaba que viniese un ladrón con una navaja, para poderle decir: Venga tío, dónde vas con esto. Me das risa. Métete la navaja por el culo y déjame en paz.

También me sentaba a fumar cerca de los yonquis que solían pasar el mono entre unos contenedores de basura cerca de casa. Qué me diga algo este y verá.

Pero lo peor es que me instalé en una apatía muy difícil de afrontar.

Con el tiempo dejé de silbarle a la muerte. Fui adentrándome en mis rutinas e intenté olvidar lo que había sucedido.

Ilusa.

Esas cosas no se olvidan.

Habían pasado unos meses y parecía que todo estaba volviendo a su lugar.

Cada vez más distancia.

Cada día un paso más hacia la normalización interior de lo ocurrido.

Pero sonó el teléfono.

El fijo. No había móviles en ese momento.

Era ÉL.

¿Hola?

Hola.

Dijo mi nombre con dulzura.

Dije su nombre, con dulzura. Y le pregunté cómo estaba.

Los han matado. Fue su respuesta.

Mierda. Joder.

Sí.

Estuvimos en silencio un buen rato. Respirando juntos.

¿Estás bien?

Bueno. ¿Y tú?

Bueno.

Hablamos pronto, ¿vale?

Vale.

Cuídate.

Tú también.

Colgué. Colgamos.

Silencio. Más silencio.

Y todavía más.

Ese silencio todavía existe.

20 años después, no he conseguido llenar ese maldito silencio.

Cinco muertos, a mis espaldas.

Cinco muertos.

Cinco víctimas.

Cinco muertos.

Cinco muertos que estaban matando a mucha gente. Desde nuestro asalto la situación en la zona se había hecho insostenible. Con lo que nos robaron, habían conseguido comprar esa franja de territorio que ese hombre, con poder, nos mesuro abriendo sus brazos.

Cinco muertos que habían matado a muchos campesinos pobres que volvían de vender la cosecha. Les habían robado todo, les habían robado la vida y, como consecuencia, los hijos huérfanos de esos campesinos no tenían dinero ni para comer, ni para comprar medicinas que les curasen sus enfermedades, ni para crecer.

Hijos huérfanos que quizá, un día, empuñarían una arma para asaltar a otro hijo huérfano de otro campesino y robarle lo poco que tuviese para poder comer, para poder comprar medicinas, para poder curar la malaria de su hermana.

Cinco muertos que no habían tenido otra oportunidad.

Cinco muertos, a mis espaldas.

Cinco muertos, que morirán conmigo.

Cinco madres de cinco muertos.

Con esos cinco muertos, la gente de la zona empezó a vivir mejor. Más tranquila. Se acabaron los asaltos. Por lo menos durante un tiempo. Muchas madres, muchas esposas no tuvieron que llorar a sus muertos.

Solo cinco. Solo cinco, madres, para salvar a muchas otras de esa pena irreparable.

Solo cinco.

Solo cinco muertos, a mis espaldas.

Y ese silencio. Ese silencio que perdura, que no se va. No se disuelve. Veinte años más tarde. Ese: “los han matado”. Sigue en mí. No se irá. Ya lo sé. Es el precio de ese “sí”, indirecto, pero “sí”. Ese consentimiento, a través de tres de los nuestros que habían nacido en un mundo más pobre que el mío. Ese “sí” que me ha dejado clavada en esta silla.

Esta silla, es un privilegio.

Es el privilegio.

Aunque cueste admitirlo.

Ese silencio, es disculpa. A ellos, a los otros.

Ese silencio, es mi disculpa, a las cinco madres.

Ese silencio, es mi culpa. La asumo.

Ese silencio, me pesa.

No te va a pasar nada, me dijo el chaval, mientras me clavaba la pistola en la sien.

No me pasó nada. A mí, no. Tenía razón. No me iba a pasar nada.

Ese silencio, es mi disculpa. Mi culpa.

Pero yo, hoy, veinte años más tarde, volvería a hacer lo mismo. Sí… volvería a hacer… lo mismo.

¿Lo han oído?

Ha caído un mango.

Otro.

Y otro.

Oooh… Están cayendo mangos.

Muchos.

Qué maravilla.

No había sucedido antes.

Con un poco de suerte cada uno de nosotros va a poder recoger el suyo.

*Cierra los ojos.*

*Oscuro.*

*La sala se inunda de luciérnagas.*

*La actriz está de pie mirándolas.*

*Se apagan todas las luciérnagas menos cinco.*

*Oscuro final.*